

# Las Tentaciones de San Antonio: Aventura Austral



Primera edición en REINO DE CORDELIA, septiembre de 2021

Edita: Reino de Cordelia

[www.reinodocordelia.es](http://www.reinodocordelia.es)

  @reinodocordelia.es  [facebook.com/reinodocordelia](https://facebook.com/reinodocordelia)

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Antonio Sánchez Jiménez, 2021

Ilustración de cubiertas: Detalle del tríptico *Tentaciones de san Antonio*, de El Bosco

IBIC: FA

ISBN: 978-84-18141-64-5

Depósito legal: M-21348-2021

*Diseño y maquetación:* Jesús Egidio

*Corrección de pruebas:* María Robledano

Impresión y encuadernación: Técnica Digital Press

Impreso de la Unión Europea

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Las Tentaciones  
de San Antonio:  
Aventura Austral

Antonio Sánchez Jiménez



# Índice

|            |                                      |            |
|------------|--------------------------------------|------------|
| <b>I</b>   |                                      | <b>15</b>  |
|            | 1. Las barajas                       | 19         |
|            | 2. Las sirenas                       | 37         |
|            | 3. Las islas                         | 61         |
|            | 4. Malote                            | 75         |
|            | 5. Las tribus perdidas de Israel     | 93         |
|            | 6. Las treinta monedas               | 113        |
| <b>II</b>  |                                      | <b>129</b> |
|            | El convento de Santa María Magdalena | 131        |
| <b>III</b> |                                      | <b>137</b> |
|            | 7. La pesca milagrosa                | 141        |
|            | 8. La cena de Emaús                  | 163        |
|            | 9. Lo que contó el padre Madruga     | 179        |
|            | 10. La Pasión                        | 195        |
|            | 11. <i>Noli me tangere</i>           | 205        |
|            | 12. Canónicos y apócrifos            | 215        |
|            | Epílogo                              | 225        |

Para Angus, por los comienzos



He aquí los campos del Toro  
y del Becerro simbólicos;  
he aquí el existir que en sueños  
miraron los melancólicos.

RUBEN DARÍO




Detalle de *Las tentaciones de san Antonio. Crucifixión de Jesús* (hacia 1590), de Joos van Craesbeeck.





---



Durante el siglo XVI, Lima parece haber tenido monopolio de expediciones imposibles. Con desconcertante optimismo, los virreyes pretendieron descubrir el Dorado y el archipiélago de la Canela, las tierras de las amazonas y la ciudad de los umbrípedos, el país Esmaragdino y la isla del Hombre Pez. Sin embargo, la más delirante de todas estas empresas fue el viaje de don Manuel de Maliaño a las islas del rey Salomón, que se inició en el Callao en 1595. Don Manuel había obtenido de Felipe II el título de adelantado y gobernador de esas islas quiméricas. El virrey, el marqués de Cañete, le concedió una flota tan bien artillada que los limeños decían que no iba a buscar fortuna, sino a cañonearla.

Los bautizaron con el rimbombante título de «la Armada del mar del Sur».

(David González López, *La expedición imposible: viajes desquiciados desde el virreinato hasta nuestros días*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2020, pág. 146)



# I



*La tentación de san Antonio* (1494),  
de Bernardino Parentino.

COSME PÉREZ, clérigo presbítero, capellán de Nuestra Señora de la Esperanza, en la iglesia catedral de la tres veces coronada Ciudad de los Reyes de Lima,

DECLARA:

que renuncia a todos sus derechos sobre el galeón llamado *Gedeón*, allí donde se hallare, y protesta no tener nada que ver con la expedición de don Manuel de Maliaño y la adelantada, ni con los objetos por ellos traídos a esta ciudad de Lima, ni en la nave Capitana ni en el *Jesús María* ni en ningún otro barco de los que con ellos fueron que pudiera haber vuelto o esté todavía por llegar. Asimismo, protesta que siempre ha sido fiel a la fe católica y a los mandamientos de la Iglesia, y particular enemigo de herejías y pactos con el Diablo, y que, hasta donde se le alcanza, en el susodicho galeón no se practicaba ninguna, como se podrá comprobar con el oportuno interrogatorio del piloto, contraamaestre y marinería, pues están todos vivos y presentes en estos reinos del Perú.

(Archivo General de Indias, Audiencia de Lima: deposición de Cosme Pérez, 15-4-1598).

# I

## Las barajas

y jurasteis verano a vuestra dama  
(RODRIGO OLAY, «Yo doró Grial», *Vieja escuela*)

EL VIERNES SANTO, a los veinte días de navegación, el adelantado don Jesús Manuel de Maliaño mandó arrojar por la borda todas las barajas y dados de la flota. El tambor y un chirimía subieron a la toldilla de la Capitana, seguidos por el maestre de campo y un paje encargado de leer el bando. Mientras tocaban los músicos, un grupo de soldados recorrió el galeón confiscando los juegos prohibidos.

Sobre el alcázar, el adelantado contemplaba la cubierta con los brazos en jarra. Al poco, un soldado le trajo una bolsa y él la vació teatralmente en el mar.

—¡Se acabó la cueva de ladrones! —decía riendo—. ¡Es necesario ser siempre uno mismo, señores!

Desde los otros galeones también caían objetos. Los naipes volaban un momento sobre las olas antes de caer derrotados al agua. Durante un tiempo se los pudo ver flotando en la estela de la armada, marcando el camino hacia el este.

—Vuelven al Perú —gimió doña Ana.

LOS DÍAS SIGUIENTES, el padre Juan Madruga multiplicó rogatorias y rosarios. La navegación era fácil y la gente de la Capitana se aburría. Pero el adelantado no transigía en lo relativo a los naipes.

—Y que no me vengan con eso de la mano izquierda y derecha. El padre Madruga sabe que el que lo dijo no se refería a las barajas, sino a las limosnas. Es preciso eliminar tentaciones.

UN PAR DE VECES AL DÍA, junto al trinquete, David de Pontejes, cosmógrafo y piloto mayor, sacaba un gran volumen *in folio* y leía algunos capítulos en voz alta. La lectura parecía entretener a los que le escuchaban. Al percatarse, el adelantado lanzó un nuevo bando con las cuchufletas de costumbre, y ordenando que todos se sumaran al grupo. Ya lo hacían, en tal número que el cosmógrafo tuvo que desplazarse a popa. La reunión ocupaba todo el alcázar y las inmediaciones del palo mayor. Algunos marineros escuchaban subidos a las jaretas, suspendidos sobre las cabezas de los demás como una extraña bandada de pájaros marinos.

DON LOPE, el maestre de campo, actuaba como si las órdenes del adelantado no fueran con él. Sus soldados hacían igual. Cuando el adelantado mandaba bajar en la chalupa para hacer aguada, cuando llamaba a la gente para echar algún bando, los soldados no se movían. Miraban a don Lope. Solo cuando este asentía levemente obedecían en silencio. A veces, don Lope tardaba en dar la señal, como si

estuviera distraído. Los soldados esperaban inmóviles, mirando fijamente al adelantado hasta que el maestre de campo hacía el signo. El adelantado les contemplaba desconcertado y disimulaba su humillación con alguna de sus bromas. No era un hombre pusilánime, pero tenía mano izquierda: no era momento de peleas, y aquellos soldados eran veteranos, gente dura y revoltosa. Los más viejos habían luchado contra las tropas del virrey en el Cuzco, junto a Diego de Alvarado el Malo, y habían cogido gusto a los desórdenes. Fueron los únicos soldados que el nuevo virrey del Perú dejó salir con el adelantado.

Para el virrey había sido un alivio librarse de ellos. Todavía obraron algunos desmanes a vista de la costa. Hostigaban a los pescadores y frente a Paita asaltaron el *Gedeón*, que llevaba azúcar al Callao. El piloto del *Gedeón* protestó airadamente. El galeón era propiedad de un clérigo limeño, dijo. Si lo robaban quedarían automáticamente excomulgados. El padre Madruga no veía bien el expolio, pero al oír aquello no pudo reprimir una sonrisa desleída. Tampoco el adelantado se mostró impresionado. Con mucha ceremonia y aún más sorna firmó una libranza. Luego se la entregó al piloto y le pidió que la guardara cuidadosamente.

—¿No se venden dos pajaritos por un as? —le dijo.

La libranza prometía compensar al dueño de la nave con el doble del valor de su carga, pero sacado del botín que trajeran al regreso. El piloto escuchó con perplejidad que la expedición iba a las islas del rey Salomón.

Don Lope y sus hombres escoltaron a la tripulación a tierra y la nueva nave se incorporó a la flota en lugar del *San Agustín*, que estaba comido por la broma. Tardaron

cinco días en sacar toda la carga y aparejos del barco averiado. Luego, le dieron barrena y lo vieron hundirse. El Pacífico se lo tragó en menos de media hora.

La flota todavía estuvo unos días haciendo aguada y merodeando por los pequeños puertos del norte del Perú. Hasta que una mañana avistaron los galeones que enviaba el virrey para asegurarse de que se iban. El maestro de campo habría querido enfrentarse a ellos, pero el adelantado los vio llegar en silencio y dio la orden de partir. La flota puso rumbo al norte, al Ecuador.

La resaca costa del Perú desfilaba a la derecha. La brisa traía la peste y el escándalo pajaril de las islas guaneras. Los barcos se mecían con el viento y sus cascotes embreados relucían fúnebres. En la popa, el adelantado punteaba su vihuela, tratando de espantar la modorra. El pasaje de aventureros y soldados revoltosos iba extrañamente tranquilo. Aquellos hombres temían a don Lope. El maestro de campo tenía más de sesenta años, pero sabían que era el más peligroso de todos. No le gustaban las pendencias que él no provocaba. Y ninguno se arriesgaba a contrariarlo.

MIENTRAS LA GENTE se congregaba para oír la lectura, don Lope se paseaba a sotavento, cerca del trinquete. Desde allí vio con indiferencia cómo se aproximaba la chalupa de la Almiranta. Eran don Poncio Limaco y su mujer, que venían a escuchar al cosmógrafo. Haciendo equilibrios sobre la lancha, don Poncio se puso de pie y se quitó ostentosamente el sombrero, que hizo revolotear como una enorme mariposa enlutada. A su lado, doña Ana Gurriato hizo una cortesía

palaciega. El maestro de campo resopló con desprecio y miró hacia el alcázar de la Capitana, hacia donde se orientaban aquellos saludos. Allí, sobre la toldilla, al lado del cosmógrafo, se erguía el adelantado, quien acababa de dejar la vihuela. Llevaba su jubón negro de cortesano con la cruz de Santiago al pecho. En el sombrero se pavoneaba una pluma roja a juego con la venera. El adelantado vio los saludos y se quitó el sombrero con una sonrisa traviesa.

Don Lope miró de nuevo a la chalupa. Don Poncio Limaco redoblaba su florear de sombrero y doña Ana, sus reverencias.

—Gusanos —dijo suavemente el maestro de campo.

Junto al cabrestante trajinaban unos marineros. A don Lope no le importaba que le oyeran.

—Gusanos —repitió más alto.

Los marineros se detuvieron un segundo. Luego siguieron trabajando. No se atrevieron a mirarle. Nadie se atrevía. Al menos entre la gente de mesana hacia adelante.

El viento empujaba los cuatro barcos hacia el oeste, el mismo viento suave y constante que habían encontrado al alcanzar el ecuador. El mar se extendía infinito y a don Lope, que había luchado en el norte de Chile, se le antojaba un enorme arenal azul oscuro. Su superficie se ondulaba lentamente, inflándose y desinflándose como el pecho de un monstruo dormido.

Una de estas elevaciones le ocultó momentáneamente la chalupa. Don Lope ladeó la cabeza y miró la nao Almiranta, alta y limpísima. Todas sus velas brillaban al sol y unos inútiles gallardetes se retorcían en los mastelerillos. El perfecto *Jesús María*, el galeón de don Jusepe Salas, le

seguía severo como un dómine, sin esfuerzo ni ostentación. Más atrás se afanaba la zorrera, el torpe *Gedeón*, el navío robado al clérigo. El maestre de campo alcanzó a ver bulli-  
cio sobre el alcázar de popa. El navío cabeceaba. Los ma-  
rinos arriaban la cebadera y se afanaban subiendo y  
bajando por la obencadura. El capitán, el gordo Barrera,  
discutía con el piloto.

Don Lope sacudió la cabeza.

Sus ojos volvieron a buscar la chalupa, de nuevo visible,  
ya casi junto a la Capitana. El piloto había puesto el galeón  
al paio para que subieran los invitados. El maestre de  
campo se acodó sobre la amurada, contemplando con des-  
gana el espectáculo que ofrecía aquella gente. En el mar  
no había nada más que mirar.

EN LA CHALUPA, doña Ana Gurriato le susurraba algo a don  
Poncio, quien asentía con la mirada fija en el puente de la  
Capitana. Los marineros remaban impávidos, ignorando los  
constantes bisbiseos de doña Ana y su marido. Aquella  
mujer gorrión, fina y nerviosa, tenía una perpetua expresión  
de pena, como una niña a punto de echar a llorar, pero una  
niña cuya tristeza no provocara compasión, sino indiferen-  
cia. Salvo en doña María Magdalena, quien guardaba para  
doña Ana una aversión fervorosa, casi física, que no se lo-  
graba explicar.

—Han llegado don Poncio de Limaco y doña Ana. —Do-  
ña María oyó que anunciaban arriba.

Hablaban al adelantado.

—¿«De»? ¿«De Limaco»? ¿Desde cuándo?



—Desde que nos hicimos a la mar, excelencia.

El adelantado rio con sus carcajadas ondulantes y contagiosas. Cuando por fin se calmó, mandó a buscar a doña María para que le acompañara a recibir a las visitas. Doña María dejó el libro y suspiró suavemente. Sus gatos la miraron inquisitivos. Doña María les hizo un gesto de despedida y subió al puente. Se acercó al costado de estribor, donde vio a su marido con el cosmógrafo y los dos huéspedes. El adelantado le guiñó el ojo con disimulo, señalando con la barbilla a los recién llegados. Doña Ana Gurriato seguía haciendo reverencias, como si tuviera un resorte. Se tomaba la falda y se inclinaba mientras movía los brazos: parecía que agitara las alas. En cuanto a don Poncio Limaco, el adelantado tuvo que insistir para que volviera a ponerse el sombrero.

—No vayáis a coger frío, don Poncio.

El calor era insufrible, pero don Poncio no entendió la broma y obedeció sonriendo y guiñando con fuerza. Tenía un tic. Guiñaba los dos ojos a la vez cada dos o tres minutos. O incluso más frecuentemente, si se azoraba o simulaba hacerlo.

—Os agradezco este honor, don Manuel. No nos habríamos perdido el nuevo entretenimiento por nada del mundo. Extremada idea, como vuestra.

—No fue idea de mi marido —interrumpió doña María, a quien le encantaba contradecir a aquel hombre—. Pon-tejos ya leía ese libro antes del bando.

—Pero don Manuel ha sabido ocupar con ello a la tripulación y pasaje —continuó impertérrito don Poncio—. Es una idea extremada. ¿Y qué decís que leen?

—No sabría deciros, don Poncio — contestó el adelantado—. Caballerías, aventuras, trifulcas. Algo así. Yo soy más aficionado a los bandos. ¡Y algo a la poesía! —remató teatralmente.

—¡Aficionado! —dijo don Poncio prodigando guiños—. Diera yo una mano por haber escrito uno solo de vuestros sonetos o coplas de burlas, y así se lo digo siempre a doña Ana.

Doña María miró divertida a su marido, quien enrojeció profundamente. Luego, se encogió de hombros.

—Los hombres somos un misterio, señora —le susurró aparte, sonriendo con picardía—. Hasta para nosotros mismos.

—¿Y las mujeres?

—Las mujeres, misterio y medio.

Ella le miró con complicidad y esbozó una sonrisa. Don Manuel le acarició fugazmente la mejilla. Luego sonrió, le hizo un guiño y se volvió hacia el contramaestre, quien repetía las órdenes del piloto a los marineros, marcándolas a golpe de silbato. Volvían a izar las velas y la Capitana se reincorporaba sin esfuerzo a la flota, cuyo avance se había ido apagando. El viento amainaba y apenas conseguía disipar el calor. Doña María lo sentía más pegajoso al lado de aquella gente, pero esta vez también ella debía oír la lectura. ¡Gajes del oficio!, parecía decirle el adelantado con una mirada comprensiva. Doña María se unió al círculo y se sentó junto a su marido, muy cerca de él.

Desde la proa llegó don Lope. Como de costumbre, miró fijamente a doña María. Como de costumbre, ella le sostuvo la mirada con dureza. Aquel hombre era un impertinente. Cuando volvieran a Lima se lo haría pagar caro.

El tono zumbón de don Manuel la sacó de aquellos pensamientos. Se había puesto en pie:

—Hermosas damas, señores: henos aquí reunidos para un pasatiempo más cristiano que aquel arrojar dados y revolver naipes que ocupaba antes a muchos. Pero tranquilícense vuestras mercedes, que no les voy a pedir que hagan penitencias. De eso se encarga el padre Madruga, ¿no, padre? ¡A Dios, lo que es de Dios!, como dijo el otro. En fin, a lo que iba: Pontejos, nuestro cosmógrafo, nos explicará qué libro es el que nos va a leer y qué ha ocurrido hasta este punto en la historia. Nos ha ofrecido comenzar de nuevo, como signo de deferencia a doña Ana y don Poncio, pero le he asegurado que no será necesario. Un pequeño resumen de lo leído bastará.

El adelantado hizo un floreo con la mano en dirección al cosmógrafo. Luego, se sentó con solemnidad chusca y sonrió a sus invitados abanicándose con el sombrero emplumado. Don Poncio Limaco guiñaba. Doña Ana sonreía solícita en dirección a doña María, sin por ello sacudirse su sempiterno aire de pájaro aterido. El cosmógrafo, de pie, con el libro bajo el brazo, no atinaba a empezar. El adelantado arqueó una ceja y le indicó un barrilete. El cosmógrafo se sentó, abrió el libro y por fin comenzó a hablar.

Dijo que el libro tenía por título *Don Gualterio de Gualafria*. Era obra del licenciado Cebrián, quien decía haberlo traducido del caldeo. Don Manuel miró con guasa disimulada a su esposa. Ella sabía que le gustaban esos libros de caballerías, pero también que no podía evitar aprovechar la ocasión para bromear con ella. Le puso la mano sobre el brazo.

—Del caldeo dice, padre —le dijo el adelantado al padre Madruga.

—Es ardid común entre los poetas —respondió con desgana el sacerdote—. Suelen autorizar con esta fachada sus disparates, atribuyéndoselos a paganos de su invención. Vanidades...

—¡Vanidades del mundo! —le interrumpió don Manuel poniendo los ojos en blanco.

El cosmógrafo apenas levantó la vista. Sabía que el padre Madruga siempre criticaba los libros profanos. Y que don Manuel siempre le tomaba el pelo. Continuó: se iba animando al hablar. Explicó que los capítulos previos versaban sobre la infancia de don Gualterio, príncipe de Galafria y por otro nombre llamado el Caballero del Blanco Nardo. Atendiendo a ciertos pronósticos nefastos, el padre de don Gualterio le había hecho educar apartado de la corte, en la cueva del nigromante Teofrasto. Este le enseñó todas las artes liberales del trivio y del cuadrivio, y también a hacer versos. Don Gualterio aprendió a esgrimir, a danzar y a montar a caballo, e incluso a cabalgar sobre otros animales del bosque, como ciervos y osos. (Aquí, el padre Madruga suspiró ostentosamente: libro vano y disparatado, pensaría. Don Manuel afectaba una cómica resignación. Doña María apenas podía contener la risa). Para que el muchacho no fuera ajeno a los usos de la corte, Teofrasto usaba una invención mágica: una palangana en cuyas aguas le mostraba todo lo que allí se hacía. Mediante aquella palangana, y otra que Teofrasto había colocado en el castillo, don Gualterio veía a sus padres y se comunicaba con ellos por señas. El día del decimoquinto natalicio de don Gualterio, vencido ya el plazo marcado por

los astrólogos, Teofrasto presentó a su discípulo en la corte. Allí, don Gualterio derrotó en público debate a los sabios del reino y venció en reñido torneo a los paladines de su padre. El rey hizo disponer un sitio para don Gualterio al lado del trono. Desde allí juzgaban y gobernaban sabiamente.

Y así pasó el tiempo y don Gualterio llegó a la edad en que le convino buscar esposa. Un día, yendo de caza, conoció a la bella Ventolina, princesa del vecino reino de Sandalia. Era una muchacha juvenil y bulliciosa. Gustaba de corretear por el campo y sentarse en los prados con sus damas a tejer coronas de flores.

—Decidme, maese Pontejos —preguntó el adelantado con una sonrisa traviesa—, ¿por qué se llamaba así la dama? Que me parece que no sin misterio le pondría su autor ese nombre.

El cosmógrafo explicó que, según el autor, Ventolina se llamaba así por su ligereza, pues era una mujer tan delgada que corría por sobre los trigos sin quebrarlos. Pero el propio autor reconocía que, según ciertas autoridades, Ventolina recibió ese nombre por sus numerosos caprichos, que hicieron sufrir no poco a don Gualterio.

Fuera como fuere, él se prendó de doña Ventolina. Sus amores pasaron adelante con el sólito intercambio de cartas, prendas y promesas. Los amantes tuvieron algunas entrevistas en el jardín del castillo de Sandalia. Don Gualterio le escribió versos y creó para ella el lema *Pulchrior qua difficilis* («Más bella por lo difícil de obtener»), al que acompañaba la imagen de una estrella lejana, pero el lema pronto dejó de tener sentido. (Nuevo suspiro del padre Madruga. Risas ahogadas de don Manuel y doña María). El cosmógrafo no quería

entrar en detalles al respecto, porque el libro lo explicaba con pasajes algo picantes y en el auditorio estaban el padre Madruga y las damas. El sacerdote frunció el ceño abiertamente; las mujeres se sonrieron (menos doña Ana, quien nunca se enteraba de nada y miraba a izquierda y derecha con desconcierto). Ajeno al alboroto, el cosmógrafo prosiguió contando que las ternezas de los enamorados llegaron a su fin una noche en que, esperando doña Ventolina a don Gualterio en el jardín de palacio, unos moros la raptaron para pedir rescate. Hasta ahí habían leído.

—Y en este punto quedamos y comienzo, pues, a leer donde dice: «Lloraba ya la bella Ventolina en el bajel berberisco al punto que don Gualterio entró en el jardín con su blanco nardo en la gorra. Allí le recibió la doncella de su amada, quien le informó del desastrado caso, y allí fue el llorar del caballero y el lamentarse dirigiéndose a las plantas, a las estrellas y a su mismísimo blanco nardo, a quienes tomaba por testigos de su tristeza y de la terrible venganza que pensaba desatar contra los moros. “Dejad los lamentos y fieros para el camino, don Gualterio”, le dijo la doncella. “Esta es hora de acción, no de palabras”. La doncella tenía razón y don Gualterio calló, tomó el caballo y partió al galope tras las huellas de los secuestradores. Mientras, la falúa berberisca llegaba a las costas de Túnez y los corsarios desembarcaban a la llorosa Ventolina. La llevaron a la quinta de recreo del capitán de esa gente, hombre principal y valeroso, muy conocido en toda aquella zona y apreciado por el bey de Túnez. Y se llamaba este hombre el arráez don Amor».

—El don no se lo quiero regatear —interrumpió de nuevo el adelantado mirando a don Poncio de reajo—, pues

tantos lo llevan hoy en día, pero ¿«Amor» se llamaba el moro?

—Es apellido común entre los principales de aquella tierra, excelencia —aclaró distraído el padre Madruga, quien había sido capellán en Malta—. Por una vez, no disparata el autor.

—¡Vanidades del mundo! —se le adelantó don Manuel con afectado escándalo.

—En todo caso —dijo don Poncio guiñando obsequiosamente hacia don Manuel—, su excelencia el adelantado señaló antes que no sin misterio nombran los poetas a los personajes, por lo que este moro ha de ser hombre tierno y enamorado.

El cosmógrafo esperó en silencio a que callaran y luego prosiguió:

—El arráz Amor trató a doña Ventolina con gran respeto, haciéndola acompañar de otras damas moras y cristianas y dándole de vestir a la morisca, galas con que la princesa estaba bellísima y algo consolada del secuestro.

—Maese Pontejos—interrumpió ahora doña Ana—, ¿no describe el autor las galas que compró el moro?

Doña María se sintió enrojecer. Se esforzó por no apartar la vista de la base del barrilete, pero logró reprimir la risa y oyó de nuevo la voz del cosmógrafo, explicando que no había descripciones de galas. Luego, Pontejos siguió leyendo cómo todas las mañanas el arráz Amor aparecía ante Ventolina haciendo zalemas, ofreciendo regalos y ostentando un doliente silencio. Y cómo esta mansedumbre y generosidad comenzaron a hacer mella en el espíritu de la princesa.

La historia del moro rijoso y la tentación de Ventolina hizo sonreír brutalmente a algunos soldados. No se atrevieron a interrumpir, pues don Lope seguía la lectura con aire distraído y el brazo agarrado a una escota. El adelantado miró con fingida preocupación a sus invitados y hubo cierto movimiento en la gente de las jaretas. El padre Madrugá tenía los ojos cerrados y musitaba algo. ¿Rezaba?

Pontejos siguió leyendo cómo don Gualterio, desconcertado, acabó acudiendo al mago Teofrasto. En las aguas de su palangana, el caballero vio el cortejo del arráez Amor. Don Gualterio ardió de cólera y celos. Desechó la palangana a mandobles y partió de allí galopando enloquecido. Necesitaba rescatar a Ventolina, y pronto. Don Gualterio cabalgó y cabalgó hasta que se perdió en el bosque. En un cruce de caminos se encontró a un enano que le sonreía con malicia. El enano le dijo que le podía llevar a Túnez, pero que para ello haría falta dinero, mucho dinero. Don Gualterio no tenía, pero a su lado surgió un mercader que le ofreció comprarle el caballo. Don Gualterio se lo vendió, pero no era suficiente para pagar al enano. El mercader le compró también el yelmo y la armadura, pero tampoco bastaba.

Doña María notó cómo la mano de su marido se tensaba junto a ella. Le miró y él sonrió incómodo. Ya no parecía de humor para sus bromas. Estaba pálido. Sudaba. Era extraño que estuviera así, tan de repente. ¿Le atormentaba algún recuerdo? Aunque tal vez no: hacía calor, y él se empeñaba en llevar siempre esa ropa negra de cortesano. Igual que don Poncio.

El cosmógrafo siguió contando cómo don Gualterio vendió todo lo que tenía, hasta sus calzones de damasco. Enton-



ces, el mercader quiso comprarle el pendón de la lanza, en que la propia Ventolina había bordado un nardo, una cruz y una María Magdalena. Don Gualterio miró al mercader y notó que vestía una sospechosa chilaba. Pero le vendió el pendón. Se lo vendió todo y contó las monedas que había conseguido. Trece. No era suficiente. Entonces se puso de rodillas ante el enano y le rogó que aceptara aquel pago. El enano replicó que lo haría si don Gualterio tomaba a su hija en matrimonio.

Esta vez doña María no pudo evitar lanzar una carcajada. Se tapó la boca. Todos la miraban en silencio, pero ella levantó la frente y desviaron los ojos.

—¿Bígamo resultará ese caballero? —pio doña Ana con apenada voz de falsete.

No entendía nada.

Entonces el adelantado se levantó. Todos se volvieron a él. Con aquel hombre nunca se sabía si estaba de broma o en serio, pero doña María se dio cuenta de que le pasaba algo. Estaba de pie, con los puños cerrados, respirando con fuerza. Sudaba profusamente.

Don Manuel miró a su alrededor, como dándose cuenta de que había interrumpido la lectura y todos le miraban, probablemente esperando algún chiste. Parpadeó y murmuró algo con la cabeza gacha, quizás una disculpa.

Avanzó hacia el cosmógrafo y le tomó el libro. Leyó un momento la página abierta. Luego, lo hojeó, comprobando la portada y el colofón. Buscaba alguna broma, pero no sabía qué decir. Se quedó en silencio unos segundos. Seguía pálido y evitaba mirar a su esposa. Finalmente, cerró el libro de un golpe y se lo entregó al cosmógrafo sin mirarle. Consiguió esbozar una sonrisa:

—Bien, basta por hoy. Nuestros invitados se cansan. El padre Madruga organizará ahora unas devociones.

El grupo se dispersó de mala gana mientras el cura disponía trisagios con algunos incondicionales. El adelantado se volvió hacia sus invitados sonriendo con dificultad.

—Espero que podamos volver mañana al libro, excelencia —le pidió doña Ana con una reverencia pajaril—. Si el tiempo lo permite.

Por una vez, doña María estaba de acuerdo con ella. Asintió, mirando a su marido. El cosmógrafo les contemplaba, inexpresivo. El adelantado hizo una ligera inclinación de cabeza y acompañó a la pareja a la escala, del lado de la chalupa. Del castillo de proa llegaban risotadas de los soldados de don Lope. ¿Qué estarían haciendo? Ocupado con sus invitados, o más bien con sus pensamientos, don Manuel parecía no oírles.

—¿Otro misterio, don Manuel? —le dijo ella luego.

Él sonrió.

—Cuanto más inteligente es una mujer, más misterios encuentra, señora doña María Magdalena. Sobre todo en su marido.

Y le hizo una caricia y se alejó hacia la toldilla.

Doña María miró al velamen, que ahora colgaba de las vergas ocioso como un espantapájaros. Se acercó a la borda de estribor. La chalupa de la Almiranta se alejaba lentamente, como bogando en una lámina de plomo. En la popa de la lancha, doña Ana se deshacía en reverencias y muecas que querían parecer amistosas, pero que, en su cara de martirio, resultaban grotescas. Don Poncio guiñaba y agitaba el sombrero. Más allá, los gallardetes de la Almiranta pendían tristes y lacios.



NADIE EN LOS GALEONES dudaba que el libro del cosmógrafo fuera mágico y nos arrastraba a la perdición. Y aun muchos hubieran dado una mano, o las dos, por haberlo quemado a su debido tiempo.

(Archivo General de Simancas, Inquisición, Lima: declaración de María Yáñez, colona, pasajera en la Capitana, 6-6-1598)

## 2

# Las sirenas

aquella id condenados muerta dama

(RODRIGO OLAY, «Yo doró Grial», *Vieja escuela*)

EL SOL ABRASABA los cuatro barcos, clavados en medio del océano. Las velas colgaban de las vergas, sedientas de viento. La calma duraba días: el calor era sofocante. Los palos sudaban, las suelas de los zapatos se pegaban al barniz de cubierta. El pasaje se desparramaba bajo las lonas que la marinería había extendido para protegerse del sol.

Los soldados de don Lope se congregaban hacia el trinquete, en el castillo de proa. Doña María suponía que jugaban con naipes ocultos o dados improvisados. De vez en cuando llegaban de allí grandes voces.

De la sentina subía el monótono ruido y el fétido olor de las bombas de achique.

EN LA TOLDILLA, junto a la bitácora, Pontejos abría su baúl y consultaba sus mapas y sus grabados. Su favorito era una

*Tentación de san Antonio* de un maestro flamenco (A. S., firmaba). Representaba a un san Antonio que parecía flotar, levantado por los demonios, que le rodeaban como si irradiaran de su persona, como en obscena parodia de una mandorla o un nimbo angélico. Unos tenían alas de murciélago, cuernos de cabra y pechos de mujer; otros, bigotes y fauces felinas; otros, antenas, picos, escamas. Algunos portaban una especie de jaulas de palo frente a las fauces, como si fueran fragilísimos bozales; otros empuñaban cañas o soplaban en enormes caracolas; todos iban adornados grotescamente con collares de huesecillos y conchas. Uno, ictiforme, con cara de salmonete, golpeaba al santo con un garrote; otro, con barbas de chivo y la cabeza pelada, le encajaba una sacrílega corona de espinas. A la derecha, uno particularmente hirsuto y astroso le arañaba la calva, la cara; a la izquierda, una suerte de cabra de cuello alargado y mirada insidiosa le arrebatava el cayado; por arriba, un demonio en forma de lagarto le flagelaba con una especie de corbacho. El santo miraba al frente, al espectador, con resignación melancólica, o tal vez, si uno se paraba a pensarlo, con recóndita satisfacción. Estaba tan quieto que parecía que los demonios fueran niños, tal vez sus hijos, jugando a su alrededor, que él los tolerara con paciencia, con cierta ternura, incluso. La actividad del santo era toda interior: lo que sentía, lo que pensaba, sus arrepentimientos, sus culpas; la de los demonios, febril y gozosamente exterior. Uno le metía una garra en el ojo; otro trataba de abrirle la boca y hacerle tragar un disco que parecía una hostia, pero del que goteaba algo; otro más, viejo y calvo, de mirada lúbrica, tal vez el jefe de todos, pugnaba por levantarle el hábito. Todos reían,

gritaban (de seguro blasfemias, de seguro obscenidades), entornaban sus ojillos malévolos, mostrando sus colmillos teñidos de algún color oscuro.

Pontejos pasaba horas contemplando aquellas patas en forma de raíces, aquellas narices bulbosas, aquellos cuernos, antenas y membranas. Sus ojos iban del demonio-salmonete al demonio-murciélago, del demonio-pollo al demonio-mosca, del demonio-simio al demonio-cabra. Luego volvían al santo, en el centro, aparentemente abrumado por aquellas visiones. Pontejos pensaba en qué habría hecho el santo para merecer aquello, para concitar tanta actividad diabólica. Llegaba a pensar si acaso aquellos tormentos no le eran gozosos, si no eran fantasías imaginadas por sí mismo, o peor, visiones provocadas por sus propias penitencias. Quizás, pensaba, si alguno le hubiera visto en medio de aquellos tormentos, no habría percibido los demonios, sino solo al santo, solo a san Antonio: un hombre viejo sentado en el suelo frente a su cueva, ensimismado, silencioso, secreta y vergonzosamente satisfecho.

Una gota de sudor se deslizó por la frente de Pontejos. Se la secó, miró hacia el puente y guardó los grabados.

ABAJO, EN EL CAMAROTE, el calor era aún más sofocante. Doña María pensaba en silencio. El adelantado había dejado su vihuela. Tenía la ropilla desabrochada y se abanicaba lentamente con el sombrero, pero el aire parecía morir desganado antes de alcanzarle la cara. De arriba venía el melancólico cloquear de las gallinas, el suave gruñir de los cerdos, el roce de patas y pezuñas contra el puente. Por la

puerta abierta, dos cerdas asomaron sus hocicos rosas. Durante unos segundos, contemplaron el panorama que ofrecían los dos esposos sudando en el camarote. El adelantado movió la mano izquierda en son de saludo.

—Id —dijo luego.

Las cerdas le miraron interrogantes. Luego, giraron las cabezas hacia fuera y oyeron algo. Al cabo, como si se hubieran puesto de acuerdo, se marcharon al trote.

En la penumbra del camarote, doña María se abanicaba. Pensaba en la lectura y la reacción de su marido, que se estaba adormeciendo. Una mosca se posaba una y otra vez sobre él. El adelantado apenas alcanzaba a espantarla con un ligero gesto, pero la mosca siempre volvía, como un remordimiento, o como una tentación. Aquellos insectos, ¿venían con ellos del Perú? ¿Los habrían traído los españoles a América? Don Manuel se dio la vuelta con un gruñido, poniéndose de cara a la pared. Doña María le miró tratar de acomodarse, quedarse finalmente quieto. ¿Qué habría hecho aquel hombre para conseguir el título de adelantado? Y el dinero para el viaje desde España al Perú, y aquellas ropas y cadenas.

En Lima, durante el cortejo, el padre de doña María había advertido a su hija.

—María, no sabemos quién es este hombre. Déjame averiguar. He escrito a amigos en Panamá, en España. Ellos me dirán. Hace falta tiempo.

Pero ella no tenía tiempo. A los diecisiete años nadie tiene tiempo. Sabía que su padre tenía razón: que aquel hombre parecía un aventurero, que probablemente lo era. A ella le daba igual, pero no podía decirlo. No podía decir que es-

taba cansada de aquella vida, que quería tener sus experiencias, y no limitarse a leer las de otros. ¿Que don Manuel gastaría la dote en armar la expedición? ¿Y qué? ¿Era acaso mejor invertirla en juros, en las minas de Potosí, en haciendas de la sierra? Si la quería gastar, que la gastara. Que la gastara, sí, que la gastara con ella, porque ella iría con don Manuel, con ese hombre alegre y fuerte, de ojos verdosos, en los galeones. Eso era lo que quería.

Él la había cortejado con gracejo y galantería. Pasaban horas hablando.

—¿De verdad queréis organizar esa expedición, don Manuel?

—De verdad, mi señora doña María Magdalena: ¡Grande esperanza en un deseo vano! —recitaba de repente, y la miraba—. Es de Herrera. El Divino.

Ella le sonreía y le miraba fijamente a los ojos.

—¿No os da miedo ese mar desconocido?

—Son gajes del oficio. Y temo más lo conocido. ¿No habéis visto esta Lima? ¿Cómo podríamos encontrar algo peor? Es cuestión de probabilidades, señora.

—Decís eso porque sois español.

—¡Ah, no! No me malinterpretéis. España es mucho peor que Lima: por eso vine aquí. Hay que alejarse del diablo conocido, señora.

—No es eso lo que dice el refrán. Aunque el dicho no lee «diablo», sino «malo»: «Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer».

—«Lee», decís. Sé que sois buena lectora. Pero el refrán se equivoca: sobre el diablo conocido no cabe duda de que es diablo.



—¿Preferís, entonces, el diablo por conocer?

—Sí. También será diablo, pero al menos será nuevo.

Quien no se aventura, no ha ventura.

—Eso dicen.

—¡Yo en la esperanza de mi bien porfío! —declamaba él.

—No me lo digáis: Herrera.

—¡El Divino! ¿Por qué renuevas este encendimiento, tirano Amor, en mi herido pecho?

Ella reía.

—¿Por qué? —le respondía—. Averígüelo Vargas.

—Eso dicen, señora doña María Magdalena, eso dicen.

Su padre había intentado influir en ella a través de Mari Juana, la peinadora, la que decía ver los ángeles de la gente. Cada persona tenía uno, bueno o malo, y algunos privilegiados los podían ver, decía la mestiza, solo los que tienen el don. Ella lo tenía y doña María se entretenía oyéndola describir con pelos y señales al ángel de la cocinera, al del zambo de la portería, al de la virreina, al del obispo.

—¿Y yo, Mari Juana? Supongo que también tendré. ¿Cómo es el mío?

—¡Ay, niña, vuestra merced no tiene un ángel, tiene una legión! ¡Una legión de ángeles buenos! Ellos la protegen.

Doña María reía. Todas las mañanas lo mismo. El del obispo era un ángel gordo y con anteojos.

—Pero, Mari Juana, ¿cómo va a tener anteojos un ángel?

Pues los llevaba: ella los veía. Y el ángel se daba la vuelta para mirar a las muchachas bonitas. Y cuando iba por la calle

con el obispo, resoplaba mucho y se quedaba rezagado, y luego tenía que correr para alcanzarle.

—¿Y el de doña Ana Gurriato?

—¡Ah, ese es de los peores, niña! Es un ángel bobo, con muchas plumas rizadas. Figúrese que solo usa las alas para hacer reverencias. Y que lleva tirabuzones en el pelo.

—¿Y el de doña Martina Vinatea?

—¡Ese es la mera elegancia! ¡Un arcángel de señorío! Pero doña María prefería que le contara malicias.

—¿Y el de la virreina?

—¡Ah, no! Créame, niña: ese es bien gordo, culón, con forma de huaca.

—¿De huaca?

—De montañita, pues.

—Ah, sí. ¿Y el de doña Lucía de Meneses?

El esquema, casi la conversación, era siempre el mismo. Por eso lo descubrió todo tan rápido cuando Mari Juana le sacó a relucir lo del ángel caído que seguía al adelantado. Ella nunca le había preguntado nada sobre aquel hombre. Aquel hombre alto, decidor y teatral que le hacía la corte en casa de su padre con versos de Herrera y le ofrecía agua bendita de su mano a la puerta de la iglesia.

—El adelantado no lleva ángel, niña, sino un demonio, un demonio malo.

—Está bien, Mari Juana. Dile a papá que aunque el adelantado tenga detrás a Pedro Botero y a Juan Calvino juntos me casaré con él.

¿Un demonio malo? Mari Juana tenía razón a su manera, pero a ella le daba igual. Tal vez el adelantado había hecho algo turbio para conseguir aquellas cadenas de oro

y aquellos trajes. Tal vez el matrimonio había sido una manera de obtener ayuda y fondos para armar la expedición. Al menos en parte, se había casado con ella para eso. En parte. Doña María lo sabía. Lo sabía y le era indiferente, porque pensaba en el «en parte», en que había otra parte. Pero ¿bígamo? ¿Tendría aquel hombre mujer e hijos esperándole en alguna polvorienta ciudad de la meseta? ¿Era eso el diablo conocido del que le habló aquella vez? ¿O eran todo imaginaciones suyas, como los demonios del grabado de Pontejos? Doña María volvió a pensarlo: la idea zumbaba alrededor de ella. Bígamo, mujer e hijos, y él al otro lado del mundo, adelantado de una flota peruana y casado con la hija del más rico comerciante de Lima.

Doña María sonrió. Eso sí que era una broma. En cualquier caso, a la vuelta tendrían que tener cuidado con la Inquisición: castigaba duramente a los bígamos. Aunque, pensándolo bien, lo mismo daba. Si la expedición tenía éxito, regresarían ricos: los inquisidores se limitarían a pedir algún donativo. Si, por el contrario, no lograban sus objetivos, volverían a Lima arruinados: el Santo Oficio sería el menor de sus problemas.

SOBRE LA TOLDILLA del alcázar, el cosmógrafo consultó el cuaderno de bitácora. Allí arriba no había nadie, salvo el timonel. Otras veces acudían el adelantado o don Lope, el padre Madruga, incluso. El cosmógrafo era un hombre taciturno, pero si se le preguntaba sobre sus libros, grabados o rutas se animaba y resultaba elocuente. Con don Manuel hablaba de ajedrez, de libros de caballería y del *Don Gualterio*, o del

grabado de los demonios-mosca y demonios-cabra, a quienes el adelantado sacaba cómicos parecidos con gente del pasaje y tripulación. Con el padre Madrugá, Pontejos disertaba acerca de Ptolomeo y Sacrobosco, el *De coelo et mundo* y los *Siete libros del tratado de la Esfera*. Con doña María también hablaba de eso, pero por otro estilo.

—¿Cuánto quedará para esas islas, maese Pontejos? —le preguntaba ella siempre.

Y Pontejos le hablaba entonces de lo que había aprendido con el maestro Labaña en la Academia Real Matemática, o de sus conversaciones con navegantes del Callao acerca de las islas de Poniente. Incluso de mitos incaicos: hombres venidos del mar en navíos recubiertos de oro, impulsados tan solo por la fuerza de sus magos. Luego hablaba de las islas del rey Salomón, que según la Biblia estaban a año y medio de distancia de Jerusalén. El cosmógrafo explicaba, etapa por etapa, el derrotero de los emisarios. Primero, desde Jerusalén hasta el mar Muerto y Elath, que ahora los sarracenos llaman Áqaba y que se abre al golfo del mismo nombre. Allí embarcaban y salían al mar Rojo, por el que descendían lentamente. Dejaban a estribor el promontorio de Berenice; a babor, Yeda y la Meca. Sufrían terribles calmas, calores indescriptibles que derretían la brea y hacían sudar los palos. Y tras semanas, tal vez meses, salían al golfo de Adén y veían el castillo de la ciudad y su racimo de casas blanquísimas trepando como cabras por las rocas. En aquellos zocos se vendía el incienso, la mirra y otras resinas aromáticas, e incluso se podía comprar nidos del ave Fénix, como los que describen Plinio y Conrado Gesner (Doña María sonreía: debía de ser la única persona a bordo que conocía aquellos librotres). De Adén, los

navegantes salían hacia el este, bordeando la costa de la Arabia Félix, y alcanzaban Socotra, la dunosa, la del árbol de sangre de dragón, mencionada por Dioscórides, visitada por el apóstol santo Tomás. Desde allí, el itinerario era secreto. Nadie lo sabe.

A ella le gustaba tomarle el pelo.

—Ah, ¡lástima! En fin, pues no hay más que hablar...  
—decía, fingiendo que se iba.

—Bueno, bueno, ¡depende, todo depende! —contestaba rápidamente el cosmógrafo.

Ella se detenía. Se giraba hacia él.

—¿Es secreto o no es secreto? Aclaraos, Pontejos.

Era secreto, claro que era secreto, pero la ciencia cosmográfica lo podía deducir. Había que trazar unos paralelos. Había que estudiar los vientos, había que ponderar las corrientes. Las habían examinado los navegantes portugueses, con don Tristán de Acuña. Y luego los jesuitas españoles. Había que tener en cuenta todo eso: así se podía reconstruir la ruta.

—Bueno, Pontejos, en teoría. Se podrá reconstruir en teoría.

Y en la práctica. En la práctica también. Sin ir más lejos, el cosmógrafo lo había hecho.

—¿Vos? —preguntaba ella fingiendo incredulidad.

Sí, él. Por eso sabía que después de tres meses más de navegación las naves de los israelitas llegarían a las islas del rey Salomón.

—¿Y qué traían de aquellas islas?

Oro, mucho oro, trabajado en formas extrañas. De águilas, delfines, medusas, quimeras. Y sobre todo en figura de

una especie de chivo o cabra danzante que aquellos objetos repetían incansablemente, en todas las posiciones imaginables: agachada, apoyada sobre una pata, corriendo, saltando. Como si estuviera presa del frenesí del baile.

—Como los demonios esos del grabado, ¿no, Pontejos?

Pero el cosmógrafo no respondía, ya era irrefrenable, y seguía explicando que los israelitas también traían piedras preciosas. Y sándalo. Y marfil. Y pavos reales, tantos que los marinos los comían durante el viaje.

—Como nosotros a los cerdos y gallinas.

Sí, sí, porque los pavos se reproducían a bordo de los barcos. Se multiplicaban de tal manera que entorpecían las maniobras. Anidaban en las lanchas. Dormían en las jarcias. Despertaban a la gente con sus querellas. Los marineros se hacían abanicos con sus plumas.

—No me vendría mal uno ahora. Pero que no os oiga doña Ana: os preguntará si os queda alguno para sus galas.

Poseído por la lengua de fuego de la elocuencia, Pontejos no escuchaba las bromas de doña María y contaba que los marinos israelitas también traían monos, monos que subían y bajaban por las jarcias, se paseaban por las vergas, saltaban de palo a palo sobre las cabezas de la gente. Luego dormían en las gavias, como si estuvieran de guardia.

—Los monos son animales sucios, Pontejos. En Lima, algunas damas los tienen. No me contéis eso. Más bien, decidme: ¿cómo era aquello del lastre?

En la bodega, para equilibrar los navíos, los israelitas llevaban lingotes de oro y plata, o pepitas en bruto, grandes como botijos. Brillaban tanto que el resplandor escapaba de la bodega y doraba las velas y los rostros de los marineros.

—Parece cosa de fábula.

Parece, parece, pero todo esto lo dicen la Biblia y sus comentaristas, como Calpurnio Potestano o Wolframio de Aichingera, «el de los partos» (a estos, doña María no los conocía). O el maestro Cipriano López, sevillano, del que se dice que se hizo protestante, que acabó de bailarín y volatinero, que actuó en la corte de Praga, en los cantones helvéticos, en Venecia.

—Eso nos da igual para el caso, Pontejos. No me contéis la vida y milagros de vuestras autoridades. Centraos y seguid.

Ellos explican que el viaje duraba tanto que los navíos llegaban a Jerusalén cada tres años, y que nada más llegar y descargar los tributos volvían a por más. Y así durante toda la vida de Salomón.

—¿Y los portugueses no saben nada de esto, Pontejos?

Lo saben, claro que lo saben, pero se equivocan en sus cálculos y no han podido dar con el rumbo exacto. Además, los portugueses no podían llegar a las islas del rey Salomón desde el este, desde el Perú. Pero para ellos, para los españoles peruleros, ese camino estaba expedito.

—Bueno, pues muy bien. Entonces, ¿cuánto nos quedará de viaje?

Pontejos volvía a la esfera, a Purbachius, a Monteregio, a las tablas alfonsíes, y explicaba que la duración de la travesía dependía de los vientos, que se engendraban en lo cóncavo de la tierra y luego ascendían por las tres regiones del aire.

Doña María le miraba divertida. En cuanto al adelantado, escuchaba aquellas disquisiciones con sus bromas de

costumbre y una ilusión infantil, como si no hubiera diferencia entre sus libros de caballería y aquellas quimeras geográficas.

Con don Lope la conversación era diferente. Le interesaban las armas que manejaban los naturales de las islas. Preguntaba por las tácticas de sus guasábaras. Pontejos explicaba que, según los comentaristas, los naturales de aquellas partes iban desnudos como niños.

—¿Sin armas de ninguna clase? —gruñía don Lope, escéptico.

El torrente de facundia de Pontejos no se detenía por ello. Afirmaba que a veces los indios llevaban unas cañas, tan delgadas que se quebraban al menor golpe y que les servían para espantar a los pájaros que se les posaban en la cabeza. Y que a veces eran sus monos, que les servían de criados, quienes lo hacían por ellos, por lo que no llevaban arma alguna, no. Así que, claro, los libros no decían nada de guasábaras ni guerras. Eran gente de paz, pura e ingenua, tanto que no conocía dios alguno.

—Ahí erráis, maese Pontejos —le decía el padre Madrugá—. Lo conocen, pero lo han olvidado. Los apóstoles predicaron la palabra de Dios por toda la tierra. Lo dice la Biblia, y en ese libro todo es verdad. Así que la palabra de Dios ha llegado a todas partes: incluso a las regiones del Nuevo Mundo.

Pero aquello no era el Nuevo Mundo. Si acaso, el Otro Nuevo Mundo.

—¿Unas cañas? ¿Monos? ¿Gente de paz? —a don Lope no le interesaba cuántos nuevos mundos hubiera—. No es lo que tenía yo entendido de los portugueses. Ni de don



Fernando de Magallanes, a quien mataron y comieron esos indios puros e inocentes que decís.

Eso fue en las Filipinas. Y lo de los portugueses, en África, en la India, no en las islas del rey Salomón. Magallanes había seguido otro derrotero, más al norte. Y no buscaba las islas. El rumbo correcto para llegar a ellas era desviarse hacia el sur antes de alcanzar las Filipinas o la Especiería. No estaban lejos. Era cuestión de los vientos.

—Espero que así sea, maese Pontejos. Si no, se nos acabará el agua.

LA CALMA ASFIXIABA a los galeones. Las maderas y las cuerdas crujían monótonamente, mecidas por el mar. Desde la oscuridad amodorrada del camarote, doña María oyó un chapuzón.

—Alguien se ha caído al agua —dijo.

El adelantado no respondió. Había cerrado el libro. ¿Dormía?

—Habéis dejado el sombrero sobre la cama. Lo vais a aplastar.

Él ni se movió. Respiraba acompasadamente, como un niño dormido. Doña María dejó su libro. Se levantó, tomó el sombrero de su marido y lo colgó en su gancho. Luego, cerró la puerta con dulzura y subió al puente.

Los otros barcos estaban tan cerca que casi se podía distinguir el suave ondular de sus baupreses. Entre la Capitana y la Almiranta habría una distancia de un tiro de ballesta. Doña María volvió a oír otro chapuzón. Hacia el palo mayor, por estribor, algunos marineros saltaban al agua en camisa.

Luego nadaban con los de la Almiranta, el *Jesús María* y el *Gedeón*, en un remanso oscuro como una poza que se abría entre los barcos. Doña María les envidiaba. Su padre le había enseñado a nadar en la alberca de la hacienda de Huánuco, durante los mediodías de la sierra peruana, cuando el cielo estaba tan azul que dolía mirarlo. Pero una cosa era la alberca y otra mar abierto. Aquellos hombres nadaban sin pensar en el abismo bajo sus pies.

Doña María miró hacia arriba. En la cofa, un desgano vigía contemplaba la escena. Se suponía que si avisaba algún peligro daría el aviso. Alguien le había dicho a doña María que desde arriba a veces se intuían sombras bajo el agua. Grandes peces, ballenas, monstruos que solo se veían desde allí: historias de marineros, pensaba ella, que de cualquier cosa hacen un leviatán. Además, Pontejos le había dicho que desde las gavias todo parecía un tanto irreal. Allí, los marinos tenían la sensación de flotar sobre las velas, a metros de altura de la cubierta. ¿Cómo había dicho el cosmógrafo? Sensación de irrealidad. Veían el mar extenderse hasta el infinito por todas partes. Las nubes como colgadas del cielo, hasta donde se perdía la vista. Por eso, el piloto solo dejaba subir a los menos soñadores. El vigía podía perder la noción de las cosas, como un santo en éxtasis, y caer al mar con un golpe imperceptible, como una gota de lluvia. Nadie se daría cuenta hasta el próximo turno.

Un movimiento en el castillo llamó la atención de doña María. Un soldado apuntaba con el mosquete a un ave posada en una de las vergas. Doña María vio elevarse una nubecilla y casi simultáneamente oyó el disparo. El ave se

desplomó sobre cubierta en un amasijo de sangre y plumas. Los soldados reían.

—Iba en ello mi reputación de tirador —oyó decir a uno.

Doña María volvió la cabeza con disgusto. Aquella gente la sacaba de quicio. Miró hacia el alcázar y vio al cosmógrafo haciendo puntería. ¿También él? Doña María se lanzó hacia popa, subió a la toldilla y se enfrentó a él con los ojos encendidos.

—¿Qué hacéis?

Pontejos se dio la vuelta y la miró extrañado. No empuñaba un mosquete, sino un insólito instrumento de bronce.

—Disculpad. Pensé que tirabais a los pájaros.

—Tomaba la altura del sol. Es un astrolabio.

Lo iba a guardar, lacónico, pero doña María quería oírle hablar y le pidió que le explicara cómo funcionaba. Lo hizo. Y también le enseñó la ballestilla, que se usaba de noche, o para calcular distancias. Luego sacó unas cartas de navegación y le mostró dónde estaban los galeones. A doña María siempre le impresionaba aquello. Estaban en medio de la nada, como san Antonio colgado de los demonios, como los vigías en la gavia.

—¿Y de dónde vienen estas aves?

Las aves eran petreles: una buena señal. Significaban que no podían estar lejos de tierra, solo que los mapas no la indicaban. Las islas del rey Salomón no aparecían en los mapas.

—Entonces, ¿cómo sabéis adónde vamos?

Pontejos volvió a contar la historia de los emisarios, el sándalo, las cabras de oro, Purbachius. Doña María escuchaba entretenida las fantasías de aquel hombre, que le re-

cordaban las que leía en Luciano, Plinio y otros libros de su padre. O las que le contaba don Manuel de sus libros de caballería y sus crónicas castellanas, que él trufaba siempre de bromas y cosas que se iba inventando para entretenerla. Finalmente, el cosmógrafo se calló. Doña María vio que escribía algo en el cuaderno de bitácora.

Doña María notó movimiento en el puente. Era su marido, sudando bajo el sombrero emplumado. Miraba a estribor con una sonrisa. Ella temió que se le ocurriera bañarse con los marineros. En Lima, cuando la cortejaba en el palacio de su padre, gastaba bromas a los criados y forcejeaba con ellos dando risotadas (ellos le adoraban). Pero no era eso, no quería bañarse. Los marineros volvían ya e iban subiendo a bordo. Se oía ruido de remos y las voces de don Poncio Limaco y doña Ana.

Llegaba la chalupa: era la hora de la lectura.

—Maese Pontejos —oyó decir al adelantado entre risas—, dejad el grabado de los bichos o lo que sea que estéis haciendo y preparaos. Todo está pronto: venid a ejercitar la garganta. ¡Gajes del oficio!

Parecía haber olvidado el incidente del otro día y esperaba contento a los invitados. Y, sobre todo, las fantasías del *Don Gualterio*.

Pontejos lo guardó todo y bajó con doña María. La gente se reunía ya alrededor del palo de mesana.

PONTEJOS LEÍA el *Don Gualterio de Galafria*.

Don Gualterio había acabado accediendo a las peticiones del enano y se había casado por poderes con su hija.

Cuando hubo firmado el papel, el enano lo guardó con extraña avidez. Don Gualterio no tuvo tiempo de pensar: el mercader volvió a aparecer y le dio la armadura, la espada y un insólito pendón para la lanza, con la figura de un chivo de cuello largo y mirada malévola, erguido sobre las patas traseras. Don Gualterio lo miró con atención. Era como si el chivo bailara sobre un campo florido. Era como si todo bailara al contemplarlo.

Don Gualterio levantó la cabeza y miró a su alrededor. Estaban a la orilla del mar, embarcados en una lancha que les llevaba a la galera del enano. Allí, don Gualterio avanzó hacia popa por la crujía, bajo las miradas indiferentes de los forzados. Desde las jaretas, la marinería le sonreía con descaro. Todos llevaban turbantes y grandes bigotes. El mercader, ahora claramente vestido de moro, llevaba la caña del timón y gritaba las órdenes mostrando los dientes. Los marineros comenzaron a trabajar cantando una extraña zaloma moruna. Levaron anclas y el enano apareció corriendo arriba y abajo por la crujía, moviéndose con agilidad prodigiosa y prodigando latigazos sobre las espaldas de la chusma. La galera maniobró con rapidez y salieron de la bahía dejando una amplia estela de espuma. El enano se sentó junto a don Gualterio y le pidió que hiciera de cómitre mientras él descansaba el brazo. Don Gualterio se levantó, empuñó el corbacho y lo hizo restallar sobre los forzados, colocando aquí y allá, al azar, violentos latigazos. La galera volaba sobre las olas. El enano le miraba hacer y reía. Habían enarbolado el estandarte del chivo rampante, que ondeaba orgulloso en el palo mayor. Hacía calor. Don Gualterio se quitó la celada. El enano hizo una señal y un sórdido marino trajo un turbante para don Gualterio.

De repente, la galera perdió ímpetu y, al cabo, se detuvo. ¿Una rémora? No, calma chicha. Don Gualterio no entendía cómo aquello podía afectar a una galera y pidió de nuevo el corbacho. Azotó sin piedad a los forzados, en cuyas espaldas florecían rojísimas heridas. Pero la chusma no se movía. Era como azotar troncos. No hay nada que hacer, don Gualterio, decía el enano, dejadlos: es calma chicha. Don Gualterio sudaba y seguía sin entender. Soltó el corbacho. El enano dio una orden en algarabía. Unos marinos acudieron corriendo. Ayudaron a don Gualterio a despojarse de su armadura y le dieron unas ropas de moro y unas babuchas. Don Gualterio se sentó bajo el toldo del alcázar con el enano y el mercader. El enano le alcanzó el narguilé y don Gualterio fumó, sosteniendo lánguidamente la boquilla. La galera parecía clavada en el mar. De cubierta se elevaban vaharadas de calor. Los forzados permanecían en perfecto silencio, inmóviles como estatuas de sal. Desde la gavia, como en un minarete, un marinero cantaba largamente la gloria de Alá.

De repente, el vigía dejó la algarabía y dio la voz de hombre al agua, hombre al agua a popa. ¿Cómo era posible? Todos estaban sentados a la sombra de los toldos y la galera permanecía inmóvil. Pero el vigía insistía: hombre al agua a popa. El mercader apenas si levantó los ojos. El enano miró a don Gualterio con una sonrisa enigmática. Gente de poca fe, oyó. Don Gualterio no sabía quién había dicho aquello, pero se puso en pie y oteó el mar a popa haciendo visera con la mano. En el agua flotaba algo, como a un tiro de mosquete. ¿Un ahogado?

—Es una sirena.

El enano no se había levantado, no había mirado. ¿Cómo podía saber qué había en el agua?

—Es una sirena —repitió.

Seguía sonriendo, con la mirada fija y la boquilla de la pipa en la mano, pero claramente se dirigía a don Gualterio.

Don Gualterio se dio la vuelta y volvió a mirar al mar. Ahora el cuerpo, un cuerpo de mujer de larguísimos cabellos, estaba junto a la galera. Flotaba perfectamente inerte, meciéndose sobre el agua. Don Gualterio pidió un bichero. En la lontananza, avanzando hacia la galera, flotaban otros cuerpos. Los marineros, alborotados, corrían y gritaban en arábigo.

—¡HOMBRE AL AGUA! ¡A popa!

El adelantado levantó la cabeza y miró a maese Pontejos, quien se calló. Aquello no lo había dicho él. Aquello no estaba en el libro.

—¡Por san Antonio bendito y sus bichos!: esa lectura es contagiosa, Pontejos —bromeó.

Doña María se moría de risa.

—¡Hombre al agua! —repitió el vigía de la Capitana.

Todos miraron hacia la cofa, como si pudieran verla a través de los toldos. Muchos se levantaron, alarmados. Don Lope se dirigió a popa seguido de un par de sus hombres.

—Será una sirena —dijo, todavía riéndose, doña María.

El padre Madruga la miró con reprobación, quizás también con miedo. El adelantado callaba, momentáneamente abstraído. El rostro de doña Ana expresaba, cómo no, la más perfecta preplejidad llorosa. En cuanto a don Poncio

Limaco, contemplaba a don Manuel con guiños de impotencia, o quizá irritación: a aquel hombre no le gustaba nada que no pudiera entender inmediatamente.

—¿Hombre al agua? —dijo finalmente el padre Madruga—. Es imposible. En calma, a miles de leguas de distancia de cualquier costa, en mares desconocidos... Imposible: esas cosas son buenas para el libro de Pontejos. Y para burlas, no para veras.

—Cerrad el libro, maese Pontejos —ordenó el adelantado—, no se os escape de él alguna muerta.

Como de costumbre, don Manuel hablaba en broma, pero aquello fue como la señal para la desbandada. Todos se levantaron y corrieron a popa. Desde el alcázar, don Lope contemplaba el mar con gesto de preocupación. Algo flotaba entre dos aguas.

Era un cuerpo de mujer.

—¿Una sirena?

No, una muerta. Ya estaba junto al galeón. Los marineros la izaron a bordo y la echaron sobre cubierta. La pusieron boca arriba. Era una mujer joven, de tez morena y rasgos casi negroides, pero de cabello rubio. Sus ojos muertos miraban el cielo con expresión vacía. Vestía una especie de túnica blanca y brazaletes. Al cuello llevaba unos collares de huesos y caracolillos. El cosmógrafo se arrodilló junto a ella y los examinó con atención. Cuidadosamente, se los quitó (se le enredaban en los cabellos) y se los mostró al padre Madruga, al adelantado. El padre Madruga se santiguó en silencio. El adelantado asintió con la cabeza, pálido, tomó los collares y se los guardó como inconscientemente en el bolsillo de la ropilla. Doña María le miró con atención. Se le



ocurrió que tal vez aquella muerta le recordaba a su otra mujer. O tal vez eran ideas suyas, alucinaciones como las del grabado de Pontejos.

También los otros se preocupaban. Don Lope examinaba el cuerpo. Aquella mujer no llevaba mucho tiempo en el agua. No estaba hinchada. No hedía. No se la habían comido los peces. ¿Cómo era posible, tan lejos de tierra?

—¡Hombre al agua! ¡A popa! —volvió a gritar el vigía—. ¡Muchos!

De las gavias de la Almiranta, el *Jesús María* y el *Geodeón* se elevaban gritos parecidos. Todos miraron al mar.

Hacia levante se extendía un reguero de cuerpos mecidos por las olas.



EN OTRAS OCASIONES, también el padre Madruga miraba aquel grabado, y afirmaba que todos arrastrábamos la cruz de la tentación y el tormento de la culpa, cada cual la suya, y que no había que ahondar mucho para encontrarlos.

(Archivo General de Simancas, Inquisición, Lima: declaración de García Felices, marinero en la Capitana, 26-6-1598)